

cos, Porta Coeli, Jesús y todas las que siguen por donde tenía que pasar la columna francesa, hasta la puerta de San Antonio Abad, estaban llenas de una inmensa muchedumbre presenciando el desfile, que se verificó á las nueve de la mañana en medio de un silencio bien significativo. A la cabeza de las tropas iba el Mariscal seguido de un brillante y numeroso Estado Mayor.» «A su paso, dice M. Masseras, no había más que esa muda y glacial inmovilidad que no es sólo la lección de los reyes, sino que se convierte á veces en la más elocuente y pesada de las reprobaciones.» Hasta aquí Masseras. El Sr. Vigil dice poco después: «Durante el desfile de las tropas francesas, todas las ventanas y balcones de Palacio permanecieron cerrados; sin embargo, Maximiliano, acompañado de su Secretario Mangino, estuvo observando la marcha tras de una cortina que alzó de manera que pudiese ver sin ser visto, y cuando hubieron pasado las últimas hileras dejó caer la cortina exclamando: «En fin, héme aquí libre.» ¡Triste libertad por cierto!»

Febrero, 6. Orden de Maximiliano á Miramón. El Sr. Vigil, á la pág. 815, dice: «Al recibir (*Maximiliano*) la noticia de la entrada de Miramón en Zacatecas, se figuró ya hecho prisionero á Juárez con todo el gobierno y se apresuró á escribir á su general el 6 de Febrero recomendándole «de una manera muy especial», que en caso de que se apoderara de D. Benito Juárez, de D. Sebastián Lerdo de Tejada, de D. José María Iglesias ó del General D. Miguel Negrete, los hiciese juzgar y condenar por consejo de guerra, conforme á la ley de 4 de Noviembre último; pero que no se ejecutara la sentencia antes de recibir su aprobación.»

Febrero, 9. Carta de Maximiliano á Lares. «Mi querido Ministro D. Teodosio Lares.—La situación actual de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener la menor ventaja.—Se esperaba que, una vez *emancipado* el Imperio de la Intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz y del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces nos sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.—Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El rímero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos á los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deploraran nunca lo bastante.—Al mismo tiempo el tesoro está agotado; para atender miserablemente al servicio de algunos ramos de la administración hay que imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar aun por medio de los procedimientos más vejatorios, y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.—El Imperio no tiene, pues, en su favor la fuerza moral ni la fuerza material; los hombres y el dinero huyeron de él y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él.—Por otra parte, las fuerzas republicanas, que injustamente se ha tratado de representar como desorganizadas, desmoralizadas y sólo animadas del deseo de pillaje, prueban con sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe y sostenido por la idea grandiosa de

defender la Independencia nacional, que cree puesta en peligro por la fundación del Imperio (1).—En situación tan crítica, no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales, no significaría nada en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar á él para siempre.—Yo he contraído para con México el compromiso solemne de no ser nunca motivo para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia, ante Dios y ante la historia, me prescriben no diferir más una gran resolución que haga cesar inmediatamente tantos males.—Espero, pues, que tenga Ud. á bien indicarme, con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que juzgue Ud. oportunas, para desenlazar la crisis actual, arreglándose sobre las ideas expresadas en esta carta, y teniendo en cuenta únicamente el bien y la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés político ó personal.—Firmado: *Maximiliano.*»

Febrero, 10. Contestación de Lares á Maximiliano: «Debemos ante todo evitar á la capital las calamidades de un sitio y los horrores de un asalto; hay, pues, que ir á intentar en otra parte la solución, en *Querétaro*, por ejemplo (2), donde el Imperio cuenta todavía con numerosos partidarios. Concentrado allí el mayor número posible de tropas regulares, á las órdenes de los Generales distinguidos y más leales á fin de constituir un ejército respetable, convendría que V. M. *tomase el mando en jefe*, para reprimir las rivalidades y las preferencias inevitables entre nosotros, cada vez que se hallan en contacto dos ó más oficiales del mismo grado» (3).

Febrero, 10. Ultima carta de Bazaine á Maximiliano. Se la escribió de Puebla cuando iba en marcha para Veracruz, suplicándole que abdicara y ofreciéndole llevarlo á Europa. El Emperador dijo á sus amigos, que estaba dispuesto á permanecer en México, y nada contestó á Bazaine.

Febrero, 12. Maximiliano organizó su Ministerio de la manera siguiente: José María Lacunza: Ministro de Estado y Presidente del Ministerio. Tomás Murphy: Ministro de Negocios Extranjeros. Lares: Ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos é Instrucción Pública. Manuel García Aguirre: Ministro de Gobernación. Teófilo Marín: substituto de García Aguirre. Vidaurri: Ministro de Hacienda. Lic. José María Iribarren: Ministro de Fomento. Nicolás de la Portilla: Ministro de la Guerra. Nombró también al General Ramón Tavera comandante de la Plaza, y al General Tomás O'Horán Jefe político.

(1) Después de la batalla de San Jacinto, cuando Maximiliano conoció que ya no había modo de triunfar, cuando por el fusilamiento de ciento treinta y nueve franceses conoció que tenía que echar su barba á remojar, entonces hablaba con elegantes palabras de la paz y de que era grandiosa la idea de Juárez y de todos los republicanos de defender la Independencia de la Patria; pero *tres días antes*, cuando no tenía noticia de la batalla de San Jacinto, y creyó que todavía había modo, trató de que á Juárez, á Lerdo de Tejada y á Iglesias se les aplicara la ley. El Segundo Emperador de México no tuvo ni el talento político que han tenido otros muchos Soberanos, el de impedir que su corazón fuera diáfano.

(2) Verbigracia, en el Cerro de las Campanas. ¡Abrenuncio de estos verbigracias!

(3) Maximiliano trataba de la suspirada abdicación, y Lares le contestó despachándolo á Querétaro, para la «solución» del negocio. ¡Pobre Príncipe!

Febrero, 13. Maximiliano salió de México para Querétaro, acompañado de su secretario José Blasio, de su Ministro de Gobernación García Aguirre (1), de su médico Basch y algunos camaristas, un cocinero alemán, algunos mozos de estribo y una fuerza de 1,000 hombres de las tres armas, á cuya cabeza iba Leonardo Márquez. Poco después se le unió en el camino Vidaurri, acompañado del Coronel Quiroga y del príncipe de Salm Salm, que voluntariamente quería hacer la campaña. En México quedó Iribarren como substituto de Vidaurri.

Febrero, 14. Carta de Porfirio Díaz dirigida de Huamantla al General Leyva, carta publicada por Masseras en su «Ensayo de un Imperio en México,» y por el Sr. Vigil en «México á través de los Siglos.» Mr. Burnouf se ha presentado hoy en esta población enviado por Maximiliano, con objeto de ofrecermé el mando de las fuerzas que están encerradas en México y Puebla, añadiendo que Márquez, Lares y compañía serán arrojados del poder y que él (Maximiliano) abandonará muy pronto el país, *dejando la situación en manos del partido republicano*. . . . Me ha sido preciso un verdadero esfuerzo para poder contestar serenamente que como General en jefe del cuerpo de ejército, cuyo mando ha querido confirmarme el Gobierno, no puedo tener con el archiduque otras relaciones que las que la Ordenanza y las leyes militares autorizan con el jefe de la fuerza enemiga.»

Febrero, 15. Carta de Maximiliano al Padre Fischer, aceptando el ofrecimiento que hacía poco le había hecho Antonio López de Santa Anna (2). «Tendrá Ud. la bondad de contestar á Santa-Anna con la próxima posta la carta que este señor nor envié amablemente; pero llevándolo á la larga por ahora, sin quitarle las esperanzas, y cuidará mucho la carta de Santa-Anna, no devolviéndola á nadie bajo ningún pretexto, colocándola entre los papeles secretos en la caja de hierro y sacando de ella una copia legalizada para Europa. La contestación á esta carta es cumpliendo los deseos de Lacunza y de Lares, á quienes yo hablé de ella á última hora; así es que para formularla fué menester consultar á Lacunza» (3).

(1) Si Maximiliano le llamaba *peluca vieja*, lo tenía como un donaire, y lo que deseaba era acompañar á su Soberano, y ayudarle á reunir el Congreso en el Cerro de las Campanas.

(2) Santa-Anna había servido á todos los gobiernos y cambiado muchas veces de principios políticos, como se lo dijo Juárez en su contestación. El lo que quería era lucir su valor militar y dar brillantes batallas, que gran valor había tenido y espléndidas batallas había dado en sus buenos tiempos; mas en 1867, se hallaba ya en la edad de la chochez y en la época en que la dictadura casi no contaba con partidarios.

(3) «México á través de los Siglos,» pág. 818. Maximiliano siempre fué de un carácter ligero y veleidoso; mas en Febrero de 1867 sus cambios de pensamiento en sentidos diversísimos, llegaron á un grado que sería increíble si no constara por la historia. Parece que el hombre estaba aturdido por la situación. Maximiliano, cambiando á cada paso de pensamiento y Santa-Anna que tenía el mismo carácter, hacían una especie de sainete; por eso he dicho desde el principio de estos *Anales*, que la Historia de la Conquista de México es la de una sangrienta tragedia, y la Historia del Segundo Imperio es la de una comedia.

Filosofía de la Historia. ¿Por qué unos hombres son constantes en el tratamiento y curso de un negocio grave y otros son inconstantes? Por la diversidad de talentos; porque unos prevenen y abarcan el negocio bajo todas las relaciones probables que puede tener; de manera que, presentándose una nueva relación y tomando el negocio nueva faz, ésta no les sorprende ni les hace cambiar el pensamiento fundamental, porque ya la tenían prevista; y otros comprenden el negocio bajo algunas relaciones, mas no prevenen otras, de manera que, tomando el negocio nueva faz, ésta les hace cambiar de pensamiento, porque no la tenían prevista. Hablo de la constancia racional, no de la constancia vizcaína, la que realmente no es constancia, sino terquedad.

Febrero, mediados. El Sr. Arzobispo Labastida y el Sr. Obispo Colina, se embarcaron en Veracruz para Roma.

Febrero, mediados. Circuló impreso un folleto intitulado «México, el Imperio y la Intervención,» escrito y firmado el 2 del mismo Febrero, en la capital de México por un imperialista bajo el seudónimo de «Un mexicano,» folleto que concluía con estas palabras: «Dentro de pocos días, el ejército expedicionario estará en las costas de Francia. Todas las clases y todos los partidos de la Nación, le interrogarán sobre su campaña; contarán hazañas prodigiosas. Pero, ¿cuál es el fruto de estas hazañas? Los franceses patriotas dirán: fuisteis á contener el incremento de los Estados Unidos, y os venís antes de tiempo, de miedo á los Estados Unidos; fuisteis á garantizar los intereses europeos, y los dejáis tan inseguros como antes; fuisteis á defender los intereses franceses, y los dejáis peor de lo que estaban; fuisteis á poner en alto grado la influencia francesa en México, y la dejáis nulificada y despreciado el nombre francés. ¿Traéis al menos el dinero de la deuda primitiva? No. ¿Quedó siquiera garantizada y en vía de pago? Tampoco. ¿Qué habéis ganado para la Francia en esa campaña de cinco años? ¿En qué habéis consumido tantos millones de francos, y por qué habéis derramado tanta sangre francesa? (1) . . . Maximiliano, fiel á su misión, á su compromiso con los mexicanos é indemne de las culpas referidas, resolvió quedarse gobernando, hasta que la Nación, debidamente representada, dijere si continuaba ó no el Imperio. . . . Y si logra fundar en México un Gobierno estable, habrá hecho la obra gloriosa que la corte francesa imaginó, pero no supo realizar» (2).

Febrero, mediados. Fuerzas que tenían á la sazón la República y el Imperio. Zamaccis en el tomo cit., págs. 987 y siguientes, dice: «En el Estado de México se lanzó á la lucha el General D. Francisco A. Velez. Había pertenecido siempre al partido conservador; pero desde que se presentó el ejército intervencionista, se separó del ejército y se retiró á la capital á vivir en el hogar doméstico sin mezclarse en la política. Así permaneció durante la Intervención. . . . hasta que emprendido el regreso de las tropas francesas á Francia, determinó combatir en la filas republicanas. Tomada su resolución, salió de México solo, reunió alguna gente en los pueblecillos inmediatos, se hizo de algunas armas y caballos, vió agregarse á su fuerza otras cortas partidas, etc. . . . El número de las fuerzas con que contaba el ejército de D. Benito Juárez en esos momentos en los diversos Estados, no bajaba de *cuarenta mil* hombres. . . . El Gobierno Imperial se hallaba en posesión de la ciudad de Veracruz, en que tenía una fuerza de *quinientos* hombres al mando del General Pérez Gómez; de la de Puebla, guarnecida por *dos mil quinientos* hombres, á las órdenes del General D. Manuel Noriega; de México en que había *cinco mil* hombres; de Morelia, en que el General

(1) Los conceptos anteriores son grandes verdades.

(2) El que en Junio de 1864, cuando Maximiliano acababa de llegar á México, creyeran los imperialistas que iba á fundar en México un Gobierno estable, fué una grande ilusión, y, sin embargo, ¡pase!; pero el que en Febrero de 1867, después que habían visto y palpado el modo con que Maximiliano había gobernado durante cerca de tres años, á saber, con tantos desaciertos, cuando le veían caminando ya á encerrarse en Querétaro, todavía creyeran que Maximiliano podía «fundar en México un Gobierno estable,» es decir, establecer en México un Gobierno fuerte desde un mar hasta otro mar, y desde Yucatán hasta el Bravo, esto fué una falta de talento político y una ilusión tal, que no se halla nombre que darle. Y si porque juzgo los hechos de esta manera, algunos dicen que esto es escribir la Historia con parcialidad, juzguen los lectores si digo bien ó mal.

D. Ramón Méndez reunía una fuerza de *tres mil quinientos* soldados; y de Querétaro, en que el General Mejía contaba con una División de *dos mil* hombres.»

Febrero, mediados. Zamacois, á la pág. 1,047, dice: «El Dr. Basch, médico de Maximiliano, en su obra *Los últimos diez meses del Imperio de México*, trae una carta dirigida por el Emperador al Sr. Boteri, dalmata, profesor en el Gimnasio Literario de Orizaba.... en que pinta al Padre Fischer de una manera poco lisonjera respecto á la moralidad que observaba en su vida privada» (1).

Febrero, 19. Entrada de Maximiliano en Querétaro.

Febrero, 21. Llegada del General Ramón Méndez á Querétaro con su ejército: pocos días antes había evacuado á Morelia. El Sr. Vigil, en su obra citada, dice: «El mismo día en que llegó Méndez á Querétaro, pasó Maximiliano revista á las tropas y después se celebró una junta de guerra con el fin de acordar el plan de campaña.... Las tropas reunidas en Querétaro ascendían á *nueve mil* hombres, según Basch; su organización fué la siguiente: Maximiliano, General en jefe; Márquez, cuartel maestre general; Miramón, General en jefe del cuerpo de infantería; Mejía, General en jefe del cuerpo de caballería; Reyes, Comandante general de ingenieros; Ramírez Arellano, Comandante general de artilleros, y Méndez jefe de la brigada de reserva.»

Febrero, 28. Carta de Maximiliano al austriaco Schaffer, de Querétaro á México, presentada por el Sr. Vigil, en la obra citada, pág. 819, en la que le dijo: «Un sentimiento penoso se apodera de mí á la idea de que las *viejas pelucas* (2) de México, no tengan siquiera la poca deferencia de pagar á los pocos servidores de la antigua Corte.... Si ellos confesaran *honradamente* que no tienen dinero, yo me sometería á la necesidad de un sólo criado y andaría á pie.»

Marzo, 2. Se publicó una carta de Maximiliano á su Ministro García Aguirre, en la cual le decía que su programa en Querétaro era el mismo de Orizaba: que se convocase un Congreso que tratase y resolviese la forma de Gobierno que había de tener México.

Marzo, principios. Entrada solemne de Juárez en la ciudad de San Luis Potosí, donde estableció su Gobierno.

Marzo, 11. Embarco de Bazaine en Veracruz con el resto de las tropas francesas para Francia. Zamacois, á la pág. 767, concluye la narración de ese hecho con estas palabras: «Todos veían que regresaban sin haber terminado la empresa que habían acometido.»

Marzo, 14. Principio del sitio de Querétaro. Los que defendían la plaza eran 9,000 hombres. Ya he dicho quiénes eran los jefes principales, á los que agregaré el príncipe de Salm Salm. Zamacois, á la pág. 1,088, dice: «A las doce de ese mismo día 13 (*de Marzo de 1867*) llamó el Emperador al príncipe D. Félix de Salm Salm, que hasta entonces había estado sin ocupar ningún destino en el ejército mexicano, y le dijo que quedaba nombrado jefe del Batallón de Cazadores.... Este Batallón, cuya fuerza sólo ascendía á *trescientos* hombres, de la cual la mitad eran de mexicanos y la otra mitad

(1) Otra prueba entre muchas de la infidelidad de Maximiliano á aquellos á quienes llamaba sus íntimos amigos y que creían serlo.

(2) Lares Lacunza y los demás Ministros. Otra prueba de la infidelidad de Maximiliano á sus amigos.

franceses» (1). El ejército sitiador se componía el día 14 de 25,000 hombres (2). Los jefes más notables, eran los siguientes:

General en jefe: Mariano Escobedo.

Segundo en jefe: Ramón Corona.

GENERALES:

Nicolás Régules (español).

Jerónimo Treviño.

Sóstenes Rocha.

Francisco A. Vélez.

Ignacio R. Alatorre.

Antonio Neri.

Vicente Riva Palacio.

Silvestre Aranda.

Aureliano Rivera.

Manuel Márquez de León.

Juan N. Méndez.

Benigno Canto.

Antonio Carbajal.

Amado A. Guadarrama.

Florencio Antillón.

Refugio González.

Francisco O. Arce.

Vicente Jiménez.

Ignacio Zepeda.

CORONELES:

Francisco Naranjo.

Pedro Martínez.

José Rincón Gallardo.

Pedro Rincón Gallardo.

Miguel Palacios.

Francisco P. Méndez.

Ignacio M. Altamirano.

Florentino Mercado.

Juan de Dios Arias.

Rosalío Banda.

Felipe Torres (laguense) (3).

Andrés Fernández (laguense).

(1) De aquí deduce, con justicia, Zamacois, que mentía Maximiliano al escribir á un personaje de Europa que en su ejército de Querétaro no había ningún extranjero. Había también entre los defensores de la plaza algunos austriacos.

(2) Zamacois, tomo cit., pág. 1,092.

(3) No tengo noticia de algún laguense que haya militado en defensa de la plaza de Querétaro. Entre los sitiadores, además del General Aranda y del Coronel Torres, militaron los siguientes vecinos de Lagos:

D. Macario Saravia, Teniente Coronel del rer. Ligero de Aguascalientes, muy distinguido por su valor; murió prisionero durante el sitio á consecuencia de las heridas.

D. Marcos Torres, Teniente Coronel del Escuadrón Degollado.

D. Juan Torres, Capitán del mismo Escuadrón. †

D. Ignacio Aguilar, Pagador del mismo batallón. †

D. Víctor María González, Teniente Coronel en el Ejército del Norte. †

D. Manuel Villalobos, Mayor de Ordenes de la División del Norte. †

D. Pedro Muñoz Moreno, Teniente. †

D. Juan A. Araujo, Ayudante del Cuartel-maestre del Ejército del Norte.

D. Tranquilino de Anda, Capitán de la primera Compañía del Escuadrón Juárez. †

D. Felipe de J. Hernández, Capitán del Batallón Independencia. †

D. Jesús López, Capitán del Escuadrón Degollado. †

D. Silverio Reyes, Teniente de la primera Compañía del Escuadrón Juárez.

D. Camilo Alonso, Teniente de Escuadrón del Ejército de Occidente.

D. Norberto Lozano, Alférez del Escuadrón Juárez.

D. Benigno Moreno, Jefe de guerrilla exploradora. †

D. Jesús Zúñiga, Jefe encargado del depósito.

D. Mónico Mendoza, Proveedor. †

D. Rosalío Ontiveros, Sargento de la Legión del Norte.

D. Domingo López, Sargento. †

Este signo † indica los que murieron muchos años después; los nueve restantes vi-

ven.

En el ejército sitiador había algunos norteamericanos y uno que otro francés (1).

Marzo, 21. Dos cartas escritas por Maximiliano con esta fecha y enviadas á México con Márquez. Zamacois, en las págs. 1,151 y siguientes, dice: «Mi querido D. Carlos Sánchez Navarro . . . Aconsejo á Fischer, especialmente cuidara mucho del archivo, y lo que no se pueda salvar de una manera segura, es mejor quemarlo (2) . . . Mientras que estoy dictando esta carta para Ud. nuestros adversarios celebran el santo de su patrón (3), enviándonos granadas que vuelan como las moscas á nuestro derredor.»

«Querido capitán Schaffer . . . Si llega el caso previsto (4), hará usted embalar cuidadosamente y en forma de que puedan ser cargados sobre mulas, para transportarlos al centro de las operaciones activas del ejército, todos aquellos objetos de mi propiedad particular, que pueden serme útiles en una larga campaña (5), en variedad de climas (6) y en las distintas estaciones del año. Como aquí carecemos de buenos libros, deseo que elija usted algunos pocos de los mejores, trayéndomelos Ud. con su equipaje (7) . . . Convendrá traer también . . . las principales cartas geográficas y, por último, un buen antejo . . . Knetchl no debe, por otra parte, olvidarse de la pequeña colección de piano y de las anotaciones» (8).

Marzo, 22, á la media noche. Salieron trabajosamente de Querétaro para México, Leonardo Márquez y Santiago Vidaurri: aquel, para desempeñar en dicha capital el cargo de Lugarteniente del Emperador, con facultades omnimodas, y con el principal objeto de que auxiliase á Querétaro con municiones de boca y guerra; y éste para desempeñar en la capital su car-

(1) Zamacois, tomo cit., pág. 1,174. El mismo historiador, á las págs. 1,060 y 1,062, dice: «La autoridad de D. Benito Juárez era la única reconocida por todos los jefes que mandaban fuerzas republicanas. Los partidarios del General D. Jesús González Ortega, que habían clamado contra el decreto dado por el primero, declarando que continuaría en el poder cuando iba á terminar el período de su presidencia, habían sido reducidos á prisión, unos con el mismo González Ortega (como Patoni), otros se habían quedado en los Estados Unidos, y los más habían desistido de su empeño. Sin embargo de esto, el Gobierno de D. Benito Juárez, para evitar que los mexicanos liberales que le acusaban en la República vecina de haber hollado la Constitución de 1857, no pudiesen derrocarlo, tenía dadas órdenes muy terminantes á los jefes de la frontera para que no permitiesen entrar al terreno mexicano á los que pudieran crearle dificultades en su marcha . . . D. Guillermo Prieto, hombre muy considerado en el partido liberal, que habia ocupado puestos muy elevados, excelente poeta y literato y persona de generosos sentimientos . . . habiendo permanecido por mucho tiempo en Tejas, se dirigió con fecha 1.º de Marzo (de 1867), desde Brownsville, al General republicano Berriozábal, Comandante Militar de la línea del Bravo, manifestándole que deseaba volver á su patria, si no eran para ello inconveniente las disposiciones del Gobierno de D. Benito Juárez sobre los amigos de D. Jesús González Ortega. El General le permitió pasar á Matamoros, y allí le dió pasaporte para Monterrey, dando parte á su Gobierno con la misma fecha. El Gobierno dispuso el día 18 del mismo mes que volviese á salir del territorio de la República, y que no regresara á ella sin permiso previo, comprendiendo en la misma disposición á todos los que desde el exterior procurasen con escritos ó de cualquiera otra manera que fuese desconocido D. Benito Juárez.»

(2) Documentos muy interesantes deben de contener las *Memorias* del Padre Fischer.

(3) San Benito.

(4) De haber peligro de perderse la plaza de Querétaro.

(5) De cosa de tres años.

(6) Como los de San Luis Potosí, Monterrey, Chihuahua y Paso del Norte.

(7) Miramón, Mejía y los demás jefes no tenían tiempo de leer.

(8) ¡Pensar en piano hallándose en campaña!

go de Ministro de Hacienda. Márquez se llevó 1,200 hombres, y por lo mismo el ejército sitiado quedó reducido á 7,800 hombres. Se fué también con Márquez el Coronel Julián Quiroga. El Sr. Vigil, á la pág. 824, dice: «Los departamentos de Gobernación y Fomento se reunieron en uno solo, que fué confiado á D. José María Iribarren, quedando en Justicia García Aguirre, en Relaciones Exteriores Murphy y en Guerra el General Portilla. Larres se retiró á la vida privada. La salida de Márquez y de Vidaurri se verificó el 22 á la media noche con tal reserva, que ni el mismo Miramón tuvo noticia de ella.

Marzo, 24. Batalla de la Casa Blanca. Está era uno de los principales baluartes de los imperialistas. Lo atacaron Ramón Corona y otros Generales y Coroneles, y le defendieron Miramón, Mejía, Méndez y el Coronel Ramírez Arellano: los que más se distinguieron fueron Ramírez Arellano con su artillería y Mejía con una salida que hizo con su caballería. Puesto al frente de ésta, desenvainó la espada y gritó á sus soldados: «¡Muchachos, así muere un hombre!» apretó con las espuelas los hijares de su brioso corcel y acometió velozmente á los republicanos; todos sus soldados le siguieron con entusiasmo y arrollaron largo trecho al ejército republicano; mas este se rehizo luego, y obligó á la caballería de Mejía á retroceder hasta la Casa Blanca. Los asaltantes tuvieron cerca de 2,000 pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros. Estos últimos fueron 400 y de ellos 32 oficiales, y el muerto más notable fué el abogado Coronel Florentino Mercado, autor de un libro muy útil sobre jurisprudencia. Después de la acción, Maximiliano le dijo al joven Ramírez Arellano: «Sois General.» No he encontrado un autor que diga cuántas fueron las pérdidas de los imperialistas; pero los historiadores de todas clases y condiciones, están de acuerdo en que esta acción fué muy reñida y en que esta y la del Cimatarío, fueron las más notables durante el sitio de Querétaro. Los historiadores imperialistas elogian á los soldados republicanos, y los historiadores liberales elogian á los imperialistas. El historiador imperialista Zamacois, en la página 1,168, dice: «La jornada, vista bajo el punto de vista del valor, fué gloriosa para ambos ejércitos.» Los historiadores Juan B. Hajar y Vigil, dicen: «El General Corona no vió en este hecho de armas, más que una confirmación de la merecida y justa nombradía de sus enemigos, á quienes la fortuna para presentarles ante el tribunal de la posteridad, coronaba esta vez, como tantas otras, con los laureles de la victoria.» El historiador imperialista príncipe de Salm Salm, que combatió ese día al lado de Mejía, dice: «La sangre fría y valor de los republicanos bajo este fuego mortífero, era verdaderamente admirable» (1).

Marzo, 30. Salida de Márquez para Puebla á la cabeza de un ejército de 3,480 hombres y 17 piezas de artillería.

Abril, 2. Ocupación de Puebla por Porfirio Díaz por capitulación entre éste que la sitiaba hacía algunos días, y el General Manuel Noriega que la defendía (2).

(1) Mejía ansiaba morir cayendo como un valiente en el campo de batalla; pero la fortuna, que es ebria y caprichosa, según la frase de Cervantes, lo tenía destinado para un patíbulo.

(2) Uno de los que más se distinguieron en el sitio de Puebla fué el General Carlos Pacheco, después Ministro de Fomento, quien recibió cuatro heridas que lo hicieron caer del caballo y ser llevado por su ayudante al cuartel; quedó mutilado del brazo derecho y de la pierna izquierda. De los 100 hombres que mandaba no quedaron vivos más que 29. («Los Hombres Prominentes de México»). Se distinguieron también en la toma de Puebla Luis P. Figueroa, Eutimio Pinzón, Rafael Cravioto, Carbó, Carrión y Luis Terrán. (Santibáñez, tomo 2.º cit., pág. 667).

Abril, 4. Márquez, con sus subalternos Quiroga y el Coronel austriaco Kodolick, jefe de una compañía de austriacos, supieron en la hacienda de San Lorenzo, situada entre Puebla y Otumba, la ocupación de Puebla, y atacado por Porfirio Díaz con fuerzas superiores muchísimo á las suyas, fué vencido y huyó velozmente á México.

Abril, 4. Winderbruck, Ministro de Francisco José en Washington, recibió un telegrama de dicho Emperador, en el que le decía que acababa de saber los fusilamientos de San Jacinto y que su hermano estaba sitiado en Querétaro, que temía mucho por la vida de su hermano y que le encargaba que suplicase al Gobierno de los Estados Unidos que interpusiese su influencia con Juárez, para que en caso de que Maximiliano cayese prisionero, no se le quitase la vida, concluyendo con estas palabras que indicaban que la influencia del Gobierno de los Estados Unidos sobre Juárez, era tan poderosa como la de un amo sobre su criado: «Parece que este Gobierno tiene el derecho de pedir á Juárez, que respete á los prisioneros de guerra, supuesto que al apoyo moral del Gobierno americano es á quien debe en gran parte sus actuales ganancias el partido liberal de México.»

Abril, 5. Nota de Winderbruck á Seward, haciéndole presente la súplica de Francisco José.

Abril, 6. Contestación de Seward á Winderbruck, diciéndole que con la mejor voluntad obsequiaría los deseos del Gobierno de él. El mismo día Seward envió un despacho telegráfico á Lewis D. Campbell, Ministro de los Estados Unidos residente en Nueva Orleans, cerca del Gobierno de Juárez, en el que le dijo: «Comunicará Ud. al Presidente Juárez prontamente y por medios eficaces, el deseo de este Gobierno de que, en caso de ser capturado el príncipe y sus secuaces, reciban el tratamiento humano concedido por las naciones civilizadas á los prisioneros de guerra.» El mismo día 6, Campbell, por medio de un comisionado *ad hoc* remitió una nota á Lerdo de Tejada, en la que, después de hablarle de los fusilamientos de San Jacinto, le dijo: «El Gobierno de los E. U. simpatiza sinceramente con la República de México y tiene gran interés en su prosperidad; mas yo debo expresar la creencia de que la repetición de las severidades referidas debilitaría las simpatías, enervando su acción. Se cree que tales actos con los prisioneros de guerra, según se ha dicho, no pueden elevar el carácter de los Estados Unidos Mexicanos en la estimación de los pueblos civilizados; y tal vez perjudiquen á la causa del republicanismo, retardando su progreso en todas partes.»

Abril, 10. Fiesta que se hizo en Querétaro para solemnizar el aniversario de la aceptación de la corona por Maximiliano, en la cual fiesta llevó la palabra á nombre de todos los defensores de la plaza el Ministro de Justicia García Aguirre, quien en su arenga dijo con una sangre fría, admirable: «Todos vuestros actos de Soberano, dan testimonio de que no se engañó México ni en la adopción de la forma monárquica, ni en la elección de la persona del monarca.... Señor, no vacilo en constituirme intérprete del verdadero voto nacional cuando presento estas palabras en el centro de una ciudad sitiada por numerosas fuerzas armadas que combaten al Imperio: porque creo haber comprendido el verdadero poder de los dos principios que en estos momentos se disputan el triunfo: el de la revolución que ataca los más caros intereses de nuestra sociedad, es en alto grado débil, á pesar de sus *fastuosas apariencias*; porque, en fin, no significa sino la voluntad de unos pocos que quieren sobreponerse á la nacional: el Imperio cuenta con ésta, apoyado en la justicia.» Maximiliano, en su arenga de contestación pa-

ra excitar el valor de sus tropas, dijo: «Sin efusión de sangre y sin trabajo, no hay triunfos humanos, desarrollos políticos y progresos duraderos» (1).

Abril, 11. Márquez llegó á México en la noche con unos cuantos soldados.

Abril, 12. Entraron á México mil y tantos soldados sin artillería ni municiones.

Abril, 12. Principio del sitio de México por Porfirio Díaz y los jefes subalternos. Zamacois, á la pág. 1,247, dice: «La ciudad se vió cercada por todas partes del ejército republicano, que desde ese mismo día estableció el sitio de ella.—La plaza sólo contaba con 4,500 hombres, y por lo mismo, era imposible ya que D. Leonardo Márquez pudiese marchar en auxilio del Emperador.—Dentro de la ciudad de Querétaro se ignoraban estos acontecimientos, y se continuaba esperando verle aparecer con fuerzas respetables en socorro del ejército sitiado.»

Abril, 27. Contestación de Juárez al Gobierno de los Estados Unidos. «He tenido la honra de recibir ayer la comunicación que me dirigió Ud. de Nueva Orleans el día 6 de este mes.—Retiradas las fuerzas francesas, el Archiduque Maximiliano ha querido seguir derramando estérilmente la sangre de los mexicanos. Excepto tres ó cuatro ciudades dominadas todavía por la fuerza, ha visto levantada contra él la República entera. No obstante esto, ha querido continuar la obra de desolación y de ruina de una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos de los hombres más conocidos por sus expoliaciones y graves asesinatos y de los más manchados en las desgracias de la República. En el caso de que llegaren á ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no parece que se pudieran considerar como simples prisioneros de guerra, pues son responsabilidades definidas por el derecho de las naciones y por las leyes de la República. El Gobierno, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que puedan exigir los principios de justicia y los deberes que tiene que cumplir para con el pueblo mexicano.—Espera el Gobierno de la República, que con la justificación de sus actos, conservará las simpatías del pueblo y del gobierno de los Estados Unidos, que han sido y son de la mayor estimación para el pueblo y el Gobierno de México.—Tengo la honra de ser de Ud. muy respetuoso y muy obediente servidor.—S. Lerdo de Tejada.»

Abril, 27 á la madrugada. Batalla del Cimatario. Los sitiadores eran á la sazón 32,000 (2). Esta célebre batalla fué ganada por Miramón y sus subalternos los Generales Méndez, Pantaleón Moret é Ignacio Gutiérrez y el Coronel Pedro Ormaechea á la cabeza de 2,800 hombres, á Ramón Corona y sus subalternos los Generales Régules, Arellano, Rivera y Márquez de León. Miramón persiguió á las republicanos en su fuga hasta la hacienda del Jacal, en donde todavía les hizo muchos muertos y heridos, y se llevó á la plaza de Querétaro 20 cañones, una gran cantidad de fusiles y más de 500 prisioneros. Después de la victoria, Maximiliano estuvo un rato en la colina del Cimatario, acompañado por varios jefes, lleno de alegría y esperanzas de vencer pronto á los sitiadores y marchar luego en auxilio de México, como se lo escribió á su Ministro Iribarren. Mas los republicanos se rehicieron muy pronto, y á las órdenes de Corona, Régules, Rivera, Márquez

(1) Zamacois, tomo cit., pág. 1,201 y siguientes.

(2) Zamacois, tomo cit., pág. 1,157.